

José Javier Muñoz González

LOS RETOS DE LA CIUDAD EN EL SIGLO VEINTIUNO

THE CHALLENGES OF CITIES IN THE TWENTY-FIRST CENTURY

Resumen

Con el comienzo del siglo veintiuno, la población urbana superaba en el mundo a la población rural. La ciudad constituye para unos el fundamento del desarrollo social y, para otros un detonante del deterioro de la convivencia. Defensores y detractores del asfalto y los rascacielos están de acuerdo en que las ciudades grandes han rebasado con creces la medida del hombre. Ello no obsta para que las teorías más recientes de arquitectos y urbanistas, tanto del ámbito Occidental como de países en proceso de desarrollo, propongan un crecimiento hacia lo alto como la fórmula más conveniente para albergar a una población de cientos de millones de personas del planeta que cada año trasladan su residencia del ámbito rural, montañoso o semidesértico a las grandes urbes, que se enfrentan al reto de superar el hacinamiento creciente, la contaminación atmosférica y acústica, la acumulación de basura y los conflictos de convivencia.

Abstract

By the time the twenty-first century had started, the urban population in the world surpassed the rural population. For some people cities set up the core for social development, for some others they are a trigger that degrades social harmony and coexistence. Supporters and detractors of the asphalt and

skyscrapers agree that big cities highly surpass the human dimension. But in Western countries as well as in developing ones, this does not prevent the most recent theories of architects and urban planners from proposing the “high-up growth” progress as the most convenient formula in order to accommodate in this planet a population of hundreds of millions people who every year move from their rural, mountain or semi-desert environment to the big cities, who face the challenge to get over growing overcrowding, accumulation of rubbish, air and noise pollution and cohabitation conflicts.

Poco antes de jubilarme, bien entrado ya este siglo veintiuno, viví una anécdota que me hizo reflexionar sobre la pérdida de contacto con la naturaleza que sufrimos los habitantes de las ciudades. Fue un buen día en que volví a ver de cerca una auténtica azada después de muchos años de no visitar el municipio rural del que procedía la familia de mi padre, donde asistí durante mis vacaciones infantiles a tareas agrícolas muy diversas, como la siega y la trilla del trigo, la extracción de la resina de los pinos y el cultivo de los huertos. Muchas personas saben, por supuesto, que la azada es una herramienta que sirve para cavar y remover la tierra. Otras muchas, sin embargo, no sabrían decir sólo por el nombre de qué se trata. En mi última etapa profesional trabajé en una empresa de comunicación que tiene la sede en la segunda planta de un edificio de la administración pública, un inmueble de cierto valor arquitectónico con pequeños parterres de césped, un puñado de flores y media docena de árboles delante de la fachada.

Muy de vez en cuando acudía un jardinero a regarlos, recortar algún arbusto o retocar las calvas que se producen en la hierba. Coincidió con él en contadas ocasiones y nuestra conversación no iba más allá del “buenos días” o “buenas tardes” o “hay que ver qué calor hace”. Una tarde, cuando salí del despacho una vez concluida la jornada laboral, me lo encontré bajando por la calle por la que me

dirigía cada día a recoger mi auto para regresar a casa. Él llevaba una azada en la mano derecha. No sé cómo se llamaba este hombre y él tampoco sabía quién era yo ni a qué me dedico dentro del edificio de oficinas, pero yo, desde la ventana del despacho, le veía ejercer su oficio y él en cambio no podía verme desde el jardín mientras manejaba la computadora. Después de un minuto caminando juntos, el jardinero me contó espontáneamente que su capataz tenía que haber acudido esa tarde a recogerle pero no había podido, así que se veía obligado a regresar a pie y con la herramienta a cuestas. El sol pegaba de lo lindo y el almacén donde debía depositarla está en un barrio al otro lado del río, a unos tres kilómetros. Le pregunté que por qué no tomaba el autobús. Su respuesta fue: "Porque no me dejan subir con la azada. Ya me ha pasado dos veces. La segunda, metí la herramienta en una bolsa pero asomaba el mango y el conductor me dijo que no estaba autorizado a transportar herramientas de trabajo". El hombre es menudo y de aspecto bastante inofensivo, así que no cabe pensar que los empleados del transporte colectivo le hubieran expulsado del vehículo municipal por considerarlo una amenaza pública. Además, ¿acaso no son instrumentos de trabajo el maletín del ejecutivo y el montón de libros y cuadernos del estudiante? Él tampoco entendía semejante discriminación, pero es un hombre pacífico y se limitaba a resignarse. Tratando de parecer sarcástico, añadió: "La segunda vez el autobusero me dijo que cogiera un taxi. ¡Jopé, pues me dejaría el jornal sólo para ir a devolver la azada!". Le ofrecí acercarle a su empresa en mi coche para que pudiera devolver la azada, al fin y al cabo no debía desviarme más de un kilómetro de mi ruta. Por el camino hablamos de la progresiva despoblación del campo. Me contó que se había comprado una parcelita en su pueblo: "Puede que algún día me dé para vivir". Movi6 a un lado y otro la cabeza mientras hacía una puntualización: "Al paso que vamos, el que quiera comer un tomate o una cebolla como Dios manda tendrá que

pagarlos a precio de oro. ¡Y hay que ver a qué precio están ahora las patatas, cuando al agricultor le dan por ellas cuatro monedas!". No quise desmoralizarlo sacando el tema de los cultivos bajo plástico, de los gigantescos invernaderos donde se producen ingentes cantidades de verduras y hortalizas con la forma, el tamaño y el color de las lechugas, los tomates y los pimientos, aunque sin su sabor, su aroma ni su consistencia naturales.

He dicho que ese día vi otra vez de cerca una auténtica azada, pero, ahora que caigo, no la toqué. Perdí la oportunidad de agarrarla por el mango de madera y reparar en su peso y su caída, una sensación física muy peculiar que, como el sabor de los auténticos productos del campo, forma parte también de los recuerdos de niñez en el pueblo de origen de mi padre. Cada palabra de esta historia es cierta. Lo que no sé es cuánto oro deberemos pagar dentro de pocos años por lo que la tierra, despreciada o abandonada tantas veces por el éxodo masivo a las ciudades, nos ofrece a cambio de trabajarla con una humilde azada.

Desde que los seres humanos rebasaron los límites de las familias, los clanes y las tribus para convivir en grupos más amplios y en asentamientos estables, el factor que parece haber determinado la calidad del hábitat es precisamente el volumen. Abundan los ejemplos históricos de esta apreciación. Antonio de Guevara exclamaba a mediados del siglo dieciséis en *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*: "¡Oh!, cuán bienaventurado es aquél a quien cupo en suerte de tener qué comer en el aldea; porque el tal no andará por tierras extrañas, no mudará posadas todos los días, no conocerá condiciones nuevas, no sacará cédula para que le aposenten, no trabajará que le pongan en la nómina, no tendrá que servir aposentadores, no buscará posada cabe palacio, no reñirá sobre el partir la casa, no dará prendas para que le fien ropa, no alquilará camas para los criados, no adobará pesebres para las bestias, ni dará estrenas a sus huéspedes." Y a finales del mismo siglo, Fray Luis de

León, en *Vida retirada*: "¡Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!". En el siglo dieciocho Diego de Torres Villarroel lo aseveraba con su acostumbrada contundencia en *Recetas de Torres añadidas a los remedios de cualquier fortuna*: "La corte es una esclavitud de las almas y los cuerpos; la aldea es un dichoso esparcimiento de los espíritus". Miguel de Unamuno en un artículo escrito en 1911 en Salamanca, incluido en *Andanzas y visiones españolas*, afirma: "Así llevo la ciudad al campo y traigo el campo a la ciudad. Pero la ciudad que es a su vez también campo, la ciudad hecha naturaleza serena, impasible y noble". Seguidamente aclara que hay otra ciudad que no quiere llevar consigo cuando se sumerge en la Naturaleza y se remonta al hombre primitivo: "Y es la ciudad odiable y odiosa del trajín social, de los cafés, de los casinos y los clubs, de los teatros, de los parlamentos, la odiosa ciudad de las vanidades y las envidias. Huyo de esta ciudad, en cuanto puedo. El campo es una liberación". El prestigioso arquitecto y urbanista Antonio Fernández Alba escribía a finales del pasado siglo, en 1994, un artículo en el que analizaba las transformaciones formales y estructurales de la urbe a lo largo de la Historia; lo titulaba "Ciudad es el nombre de nuestra convivencia perdida" y concluía con esta consideración: "Escasos son los testimonios de optimismo que aún nos quedan al contemplar la ciudad, la ciudad moderna con la que se pretendía inaugurar el arco tensado del siglo que concluye". Lo cierto es que el efecto estresante de la vida en las grandes capitales provoca en muchos de sus moradores una creciente necesidad de hallar válvulas de escape en el medio rural, en espacios naturales y en centros de ocio concebidos para la distensión y el relax.

Los análisis sociales, aun manteniendo los ideales como propósito último, requieren despojarse tanto de prejuicios como de preferencias. Para bien y para mal, la ciudad está en la raíz misma de

nuestra civilización. El término civilización significa literalmente una forma de vida fundamentada en la ciudad (*civitas*). En ella se levantan los pilares de nuestra organización social: el derecho civil, la administración política (*polis*), la condición legal (la ciudadanía), el estrato predominante de la burguesía (*burgo*), la organización del hábitat o urbanismo (*urbe*), y hasta las dos formas opuestas de manifestarse en el trato social puesto que urbanidad (también de *urbs*) equivale a la norma correcta de conducta pública y decimos que es civilizado quien se comporta socialmente de forma ordenada, mientras que lo contrario se califica de villanía (y el término villa, entre otras cosas, equivale a población dotada de ciertos privilegios).

En Occidente la concentración urbana acarrea otra merma de contacto natural: la pérdida progresiva de la comunicación presencial, del cara a cara entre individuos y grupos. Por una parte, cada día son más las personas adictas a la comunicación virtual. De forma semejante a la revolución industrial, que supuso la emigración masiva del campo a las ciudades, la nueva revolución tecnológica digital arrastra a muchos desde el mundo real al mundo virtual. Enfrascados en los teléfonos celulares, los juegos de videoconsola y las tertulias y redes sociales de Internet, estos individuos debilitan los lazos físicos y afectivos con su entorno natural. Los niños y adolescentes recurren a menudo a los signos y mensajes audiovisuales como meros estímulos de gratificación sensorial o psicológica, por lo cual rechazan los mensajes que consideran incómodos, difíciles de decodificar o desagradables, que les producen ansiedad. La distinta percepción del espacio y el tiempo inherente a estas tecnologías choca con los métodos de aprendizaje tanto orales como de lectoescritura propios de la comunicación convencional. Las clases presenciales en el aula al estilo tradicional no retienen ya la atención de los alumnos más jóvenes, que desearían tener a su disposición un mando a distancia con el que cambiar la presencia de los maestros por personajes como los que

les entretienen en las series de dibujos animados y los videojuegos. La televisión trastocó más que ningún otro medio el concepto de prójimo, e Internet ha dado un vuelco al sentimiento de intimidad. La distancia no sólo ha dejado de ser un obstáculo para las relaciones interpersonales sino que favorece una forma de unión con tal apariencia de proximidad que está creando lazos afectivos, intelectuales e ideológicos tanto o más fuertes que los del contacto personal cara a cara. La progresiva dependencia tecnológica no sólo contribuye a la incomunicación individual sino una auténtica agonía de la comunicación presencial colectiva. De unos años a esta parte se ha ido notando un descenso progresivo de asistencia a aquellos actos y convocatorias de contenido cultural, científico o político que no proporcionan a los convocados un provecho más o menos inmediato: conferencias, recitales, presentaciones de libros, charlas divulgativas... Los profesores de la enseñanza superior alertan sobre un creciente absentismo de alumnos, que apenas acuden a las aulas cuando se les exige para la evaluación académica, es decir, a ejercicios obligatorios, pruebas y exámenes.

Las más antiguas formas de evasión estaban también asociadas a la vida pública compartida. En la Edad Media los vecinos de cualquiera de las poblaciones pequeñas y grandes de Europa acudían a las plazas al reclamo de los poemas amorosos y los cantares de gesta de los juglares, que a cambio de sus actuaciones recibían alimentos y un rincón abrigado donde pernoctar; y hasta bien avanzado el siglo diecinueve las gentes se arremolinaban para escuchar los romances de ciego y las fantásticas historias ilustradas de los pliegos de cordel. El irlandés de origen Frank McCourt cuenta en su libro *El profesor* cómo su padre le "hablaba de aquellos hombres a los que llamaban *seanachies*, que recorrían el país cantando los centenares de historias que llevaban en la cabeza. Las gentes les dejaban calentarse a la lumbre, les ofrecían un trago, les daban de comer lo que tuvieran para ellos mismos". Resulta paradigmático

que en lengua árabe "contar un cuento" signifique a la vez "dar de beber" y "formar un círculo".

Como reacción a la dependencia tecnológica ha surgido un movimiento, denominado *movimiento slow*, que propugna liberarse de las garras de la telecomunicación, prescindir de Internet y el correo electrónico y recuperar el vivo contacto humano. Sin la proximidad de otros seres humanos que nos cuenten cosas, lo mismo experiencias vitales que historias ficticias, nos vemos privados de un elemento básico para calmar la sed de conocimiento y entrar en el ámbito de la auténtica comunicación colectiva. Quizá convenga paliar esta carencia revitalizando los contactos interpersonales allí donde todavía son viables: en la escuela, el colegio y la universidad, en el seno de las pequeñas y grandes empresas, en la tienda local y los grandes espacios comerciales, en la atención al cliente de los servicios privados y públicos.

Hay otra forma de incomunicación que obedece a la falta de adaptación o integración en hábitats masificados. No es un tópico huero el de la soledad de quien se encuentra rodeado de mil rostros desconocidos. Ni carece de fundamento el vértigo que provoca chocar por doquier la mirada con volúmenes constructivos, objetos o manchas sin proporción ni armonía. El maremagno de mensajes de la información, la publicidad y la propaganda que envuelven al habitante de las grandes urbes llega a convertirse en un fárrago aturdidor y propenso a la despersonalización. Y en este nuevo siglo los peligros más graves que amenazan la libertad tienen que ver con el fanatismo, favorecido casi siempre por la pérdida de los vínculos con las tradiciones, la Naturaleza y los valores de la convivencia. En cuanto a la presunta preocupación por la Naturaleza amenazada, resulta a veces hipócrita, ya que no se ven tantos esfuerzos por devolverla a su estado original como por convertirla en un bien de utilidad económica alternativa, encubierta en proyectos turísticos o

deportivos y supuestos usos bucólicos varios que tarde o temprano se generalizarán extendiendo también la sobreexplotación.

Las tensiones cotidianas crean en ambientes muy concretos un caldo de cultivo donde crece la delincuencia. Existen formas de violencia ciudadana aparentemente espontáneas que durante los últimos lustros originan tensiones en numerosos puntos del mundo. Son las manifestaciones anticulturales y contraculturales, los movimientos de indignados, los brotes ultras o radicales de distintos signos políticos disfrazados a menudo de rebeldía juvenil, las supuestas innovaciones estéticas sin más recurso que el afán destructivo, el asco o el grito... Si sumamos a ello el mercadeo de la droga y los efectos del alcoholismo tendremos una relación completa de las excrecencias del organismo vivo que llamamos ciudad. Porque cualquier ser viviente, minúsculo o gigantesco, desecha lo que no es capaz de asimilar. Las civilizaciones, expresiones vivas de las culturas, crecen como las personas y, como ellas, vierten sus residuos. Ha sido así en todas las civilizaciones y todas las fases de la Historia, aunque tal vez no de forma tan patente como ahora porque no existían procedimientos tan eficaces y llamativos de contarlo –y contagiarlo– como las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. El caso es que hoy nuestra cultura arroja sus restos, sus detritus, a la vista de las masas. A corto plazo los fenómenos residuales, por fétidos que resulten, pueden despertar a las sociedades aletargadas. A largo plazo, y en la medida en que sean naturales (es decir, producidos por el repudio de los excesos artificiales y no por partidismo político), los excrementos pueden servir de abono sobre tierras que después depararán cosechas más abundantes. Es responsabilidad de las instituciones públicas y las organizaciones vecinales estimular sin prejuicios ideológicos la convivencia y la integración de una amalgama cada día más variada de emigrantes. El reto más difícil y de mayor trascendencia está en la evitación de guetos territoriales. Hacerlo

desde el aliciente de la calidad de vida y el futuro de las nuevas generaciones, pero también aplicando sin paños calientes las leyes que garantizan a unos y otros la libertad de expresión y el derecho a vivir tranquilos.

El signo de los tiempos se manifiesta con particular crudeza en las construcciones humanas. El culto a lo efímero es una de las peculiaridades de nuestra época que ha contagiado a la arquitectura, un arte impulsado desde su origen por el sentido de la permanencia y la durabilidad, de las obsesiones de la funcionalidad inmediata y la apariencia. En un tiempo reciente de bonanza económica (o de ilusión financiera) confluyeron los nuevos materiales versátiles y resistentes, la precisión de las herramientas de diseño y la inmensa capacidad técnica de la maquinaria de edificación, contribuyendo al exceso de lo espectacular y lo anecdótico. Efemérides políticas e históricas, ferias comerciales y acontecimientos deportivos sirvieron de pretexto para levantar moles tan llamativas como pasajeras. La arquitectura efímera ha sacrificado el sentido social, económico y ecológico para dar prioridad a lo propagandístico. Fue un fenómeno con particular fuerza en Francia durante los años ochenta y en España en el tránsito entre los siglos veinte y veintiuno. El arquitecto Campo Baeza lamenta las consecuencias de la precipitación y lo desmedido de algunos proyectos: "De todas estas prisas los mayores responsables son los políticos, da igual del signo que sea, que fascinados por el devastador efecto Mitterrand, se han dedicado a promocionar obras públicas en la mayoría de los casos sin pensarlo dos veces, frías, superficiales, pero eso sí, tremendamente costosas". Y Llätzer Moix denuncia en su libro *Arquitectura milagrosa* "la genuflexión de los políticos ante los arquitectos estrella y la soberbia de éstos, a menudo salpimentado todo por el derroche escandaloso de fondos públicos". Con la llegada de la gran crisis estas prácticas han devenido en pesada

carga, en inconmensurable deuda pendiente para los colectivos sociales que la pagaron y deben convivir con ellas.

Entre los muros o ante la fachada de un edificio podemos experimentar sensaciones placenteras (acogimiento, tranquilidad, admiración...) o desapacibles (claustrofobia, desorientación, desasosiego...). Las poblaciones medievales de Occidente se formaban junto a fortalezas y castillos procurando protección frente a las amenazas de los enemigos; en torno a una iglesia, que protegiera el espíritu; en territorios que proporcionasen agua, cultivos y, en general, facilitaran cubrir las necesidades básicas de subsistencia. Al margen de la intensidad de los sentimientos de sus habitantes, mantenían un vínculo simbólico de unión, casi siempre sagrado, que se manifestaba en el patronazgo o la dedicación a vírgenes y santos. Con el imperio de la racionalidad, en el siglo diecinueve se produjo un cambio drástico en la configuración urbana. Los espacios y las edificaciones se distribuyeron con sentido geométrico, mientras que la sacralización era sustituida en no pocas ocasiones por otros cultos, sobre todo al dinero. Las rápidas conquistas en materia de bienestar logradas en el transcurso del siglo veinte fueron desplazando los ejes de las ciudades y sustituyendo los templos y los castillos como focos centrales por los edificios administrativos, los bancos y, en los últimos años, por los grandes centros comerciales.

La Historia es una sucesión de dominios y conquistas, y una de las formas más duraderas de dejar testimonio para las generaciones venideras es mediante los edificios. El hecho de que un loco fanático como Bin Laden eligiera las Torres Gemelas de Nueva York como objetivo de su terrible atentado para amedrentar a Occidente no es baladí. Porque la Historia está llena de ejemplos de construcciones representativas del mayor estatus. Las construcciones mayas de Chichen Itza, las Pirámides de Egipto y el

Escorial son tres formas distintas de expresar la misma idea de poderío y trascendencia.

El paso del tiempo reviste a las ciudades de un cierto temperamento colectivo. Hay ciudades alegres, hospitalarias, antipáticas, nobles... cuya consideración procede tanto de los muros y de las calles como de los seres humanos que las transitan. Horacio Fernández del Castillo, exprofesor de arquitectura en China, está convencido de esa simbiosis: “La ciudad moderna es lo más parecido que hay a un retrato de sus habitantes, un retrato que no se ha conseguido convertir en autorretrato, por más que las utopías tengan siempre la forma de una ciudad”. La identidad homogénea es más viable en ciudades de menor volumen. Particular interés reviste el caso de Salamanca, donde desde hace muchos años se obliga a respetar el tono general de las antiguas edificaciones y se exige utilizar en las fachadas la piedra de las canteras de Villamayor, que al sol confiere un armónico tinte dorado a sus valiosos monumentos histórico-artísticos. Mientras que la identidad de Salamanca se forjó a lo largo de la Historia, hay ciudades que crean una determinada imagen a modo de fotografía instantánea. Es el caso de Bilbao, una villa de más de siete siglos de historia, singular orografía, pujanza naviera, industrial y comercial, que cobró en apenas un lustro enorme relevancia internacional como consecuencia de su drástica renovación urbanística. El esfuerzo conjunto de las administraciones locales y estatales a partir de la crisis financiera e industrial de los años setenta y ochenta para dismantelar las ruinas de la industria pesada, sanear la Ría, renovar las infraestructuras, recuperar espacios para los servicios y el ocio, ampliar las zonas verdes, construir un ferrocarril metropolitano y sembrar la urbe de edificios avalados por las principales firmas arquitectónicas del mundo, quedan simbolizados en la silueta irregular del Museo Guggenheim de Gehry, representación icónica e imán turístico para la villa. Bilbao fue distinguida con el más

importante premio urbanístico internacional por la equilibrada integración de su área metropolitana, de alrededor de un millón de habitantes, considerada un ejemplo a seguir para capitales de su tamaño.

Para albergar a una población de cientos de millones de personas del planeta que cada año trasladan su residencia del ámbito rural, montañoso o semidesértico a las grandes urbes, la urbanización progresiva e intensiva, con sus ventajas y sus desventajas, no parece tener vuelta atrás. Al menos, Javier Seguí lo tiene muy claro: "Va a ser inevitable vivir en grandes ciudades. La ciudad es el destino de la humanidad, e inexorablemente caminamos hacia ciudades enormes. Ellas son nuestro destino: nuestra gloria y nuestro infierno". Y Luis Fernández-Galiano propone un crecimiento hacia lo alto como la fórmula más conveniente. Desde el punto de vista del psiquiatra Luis Rojas Marcos, responsable de Centros Hospitalarios de la ciudad de Nueva York, no se justifica el pesimismo, ya que las ciudades "son tolerantes hacia todo tipo de conductas" y favorecen "nuevas modas, nuevas formas de pensar y estilos de vida".

Pero no existe unanimidad. Bajo los auspicios del Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, ONU-Habitat, medio centenar de representantes de gobiernos nacionales y regionales, organizaciones internacionales e instituciones académicas, se reunieron a mediados de marzo de 2014 en Madrid para compartir experiencias y proponer nuevos enfoques sobre Políticas Urbanas. La principal conclusión del encuentro fue que conviene partir de políticas urbanas nacionales, o lo que es lo mismo, no dejarse seducir por modelos de supuesto valor universal. ONU-Habitat, promueve esa fórmula urbanística "en un marco de coordinación global para hacer frente a los retos urbanos y promover el desarrollo urbano sostenible. Dirigido a orientar el proceso de urbanización en función de ciudades más compactas, más integradas, más conectadas, socialmente inclusivas y resilientes

al clima, las políticas urbanas nacionales buscan fortalecer el vínculo entre la urbanización, el desarrollo socio-económico y la sostenibilidad ambiental".

En cualquier caso, las ciudades todavía tienen por delante retos tan grandes o mayores que los que ya se han superado: la suciedad y la acumulación de basuras, la contaminación del aire, la falta de higiene, el hacinamiento y la miseria, la caótica distribución espacial, el ruido, las limitaciones de accesibilidad a edificios y vehículos, la insuficiencia de transportes públicos...

Por su repercusión directa en la vida cotidiana de las personas, la disponibilidad de viviendas suficientes y sus condiciones de habitabilidad deberían ocupar la atención prioritaria de los profesionales y las instituciones implicadas en cualquier fase de los procesos urbanísticos. Le Corbusier propugnaba fórmulas de construcción simples, de valor universal y adaptadas al desarrollo vertiginoso que comenzaba a experimentar en siglo veinte. En un artículo escrito al alimón en 1929 con Pierre Jeanneret, afirma que "La historia de la arquitectura (el pasado entre nosotros o en ocasiones el presente bajo otros climas) nos demostraría que existen o han existido métodos de construir la casa infinitamente más flexibles, más profunda y ricamente arquitectónicos que los que nos imponen las tradiciones actuales (la casa lacustre, la casa gótica de madera, el calé suizo *blockhaus*, la *isba* rusa, la *paillote* indochina, el pabellón de té japonés, etc."

Recurriendo a la metáfora del diagnóstico médico para conocer el estado de salud de las ciudades, procedamos en la auscultación cuidadosamente; es decir, escuchemos los mensajes que brotan permanentemente de la vida urbana. Una de las incontables paradojas de nuestra cultura occidental ha sido la escasa atención que ha prestado a los valores comunicativos de la arquitectura y el urbanismo. Porque las ciudades hablan, manifiestan aspectos fundamentales de la Historia y expresan mejor que el más sesudo de

los tratados teóricos el modo en que se ha desarrollado en sus recintos los hábitos, las necesidades, las modas y los gustos, en definitiva la vida pública de cada época.

BIBLIOGRAFÍA

Campo Baeza, A. (1996). "Encuentros con Alberto Campo Baeza" En *La Esfera, El Mundo*, (27 abril).

Corbusier, L. y Jeanneret, P. (1929). "Le problème de la Maison Minimun", en *L'Architecture Vivante*. Printemps. MCMXXX. Éditions Albert Morancé. París.

García de la Torre, F. J. y B. I. (eds.) (2009). *Bilbao arquitectura arquitectura*. Bilbao: García de la Torre Arquitectos. gt.

Fernández del Castillo, H. (1994). "De sombras y enigmas: una aproximación arquitectónica" En *Magazine, El Mundo*, 19 junio, p.5.

Fernández Alba, A. (1994). "Ciudad es el nombre de nuestra convivencia perdida", *La Gaceta Regional de Salamanca*, (8 diciembre).

Moix, Ll. (2010). *La arquitectura milagrosa*. Barcelona: Anagrama.

Rojas Marcos, L. (1998). "La salud y el hábitat". En I Congreso Mundial de Salud y Medio Ambiente Urbano, 6 a 10 julio, Madrid.

Torres Villarroel, D. (1751). *Recetas de Torres añadidas a los remedios de cualquier fortuna*. Tomo III. Salamanca: Imprenta de Antonio Villagordo.

Unamuno, M. de (1968). "Ciudad, campos, paisajes y recuerdos", en *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Espasa-Calpe.

"Reunión global de expertos en Políticas Nacionales Urbanas" (17/18-V-2014). Madrid: <http://us3.campaign-archive1.com/?u=73473a6b4eb7d5f3f063b516c&id=451d64975d&e=f11c1c0ed7>.

Datos de Población: "UNO- Habitat. For a better urban future", en <http://unhabitat.org>.